

por el *gori-gori* del sacerdote Valera, y si os dignáis esperar unas cuantas horas más, yo también moriré fielmente á vuestro lado, y os acompañaré al sepulcro, donde podré ocultar la vergüenza que me está causando el haber sido hombre!

C.



ÚLTIMA RÉPLICA Á CAMPOAMOR

Mi querido amigo: Ahora sí que voy á replicar á usted por última vez, y á terminar esta polémica, sin que valga para continuarla pretexto alguno. El tema es fecundísimo: casi inagotable. En tono de broma pudiéramos ambos decir cosas muy serias é importantes en el fondo; pero yo recelo que nos tiente y solevante el diablillo de la vanidad; que vaya la broma al fondo, y que lo serio venga á la superficie, y no sea filosofía ni literatura, sino desabrimiento y enojo. Entonces tendría razón *Clarín* para afir-

mar que nos hacíamos los tontos, ó que lo éramos.

Yo afirmo la inutilidad de la poesía y de la metafísica, y usted su utilidad. Por esto disputamos. Tal vez, si nos hubiésemos puesto de acuerdo sobre la significación de la palabra *útil*, no hubiera habido disputa. Pero con no haberla, nada hubiéramos ganado. Antes bien, hubiéramos perdido el placer de escribir algo que nos parece bien, pues lo publicamos, y nos hubiéramos expuesto, por falta de asunto inocente, si no noble y hasta sublime, á emplear nuestro tiempo muy mal, murmurando del prójimo, ó quién sabe cómo.

Lejos de lamentar, celebro, pues, nuestra disputa, aunque, tanto por el recelo ya expuesto, como porque no quisiera yo cansar á los lectores, voy, como he dicho, á terminarla en esta carta, la cual me parece que va á salir larguísima, porque tengo aún mucho que decir.

Empezaré declarando, aunque sea repetir lo que ya declaré mil veces, que jamás he sostenido yo que la metafísica y la poesía han muerto ó van á morir

pronto; que, lejos de cantarles el *gori-gori*, las he reverenciado y amado siempre como inmortales y divinas; y que, por consiguiente, no soy reo ni cómplice en esa muerte desesperada de usted, que usted nos anuncia, afirmando que morirá fielmente al lado de la poesía y de la metafísica, y las acompañará al sepulcro, donde podrá ocultar la vergüenza que le está causando el haber sido hombre.

Como la poesía y la metafísica no morirán, no llegará el caso de que usted tenga que sacrificarse para morir con ellas; y no veo tampoco la necesidad de que ande usted tan avergonzado de descender de un mono. Hace tantos siglos que, según sostienen esos naturalistas que exasperan á usted, ocurrió el extraño cambio del mono en hombre, que bien podemos aún ponerle en duda. Démosle, sin embargo, por cierto, y aún no habrá motivo razonable para que nos desesperemos y avergoncemos. Vergüenza de caso tan remoto en lo pasado se parece á la de aquella pudorosa beata que la tenía grandísima de otro caso futuro, por haber entendido que, en el día del juicio

final, en el valle de Josafat, hemos de personarnos todos en cueros. Y, si bien se mira, la vergüenza de la beata estaba mejor fundada que la de usted. Ella misma, según su creencia, era quien tenía que acudir y exhibirse en el valle de Josafat tan sin ropa; pero usted, ¿qué tiene que ver con las macacadas é indecorosas travesuras del mono selecto que acabó por convertirse en hombre? ¿Qué más da descender del barro, pasando por una serie de formas, ó descender del barro inmediatamente? Bien pudo Dios hacer al hombre del barro, como un alfarero hace una olla, ó imprimir en la materia un prurito infalible de perfección, por cuya virtud, al través de larga serie de siglos, viniese á producir un organismo tan hermoso y excelente, que fuese ya capaz de ser morada del espíritu. En lo que importa creer es en la dignidad y preeminencia del hombre. Debe tenernos sin cuidado si su cuerpo salió del barro desde luego, ó salió del barro pasando por mil formas sucesivas, con tal de que en el hombre reconozcamos que hay conciencia, y li-

bre albedrío, y otras prendas morales é intelectuales que radicalmente le diferencian de los demás seres vivos de nuestro planeta, por donde presumimos que en el hombre hay un principio, una energía, una cosa que no sabemos á punto fijo lo que es, como tampoco comprendemos lo que es la materia, y que esa misteriosa potencia que está en nosotros, y que llamamos alma, fué hecha á imagen y semejanza de Dios. Afirmemos esto, y no nos apesadumbremos por descender del mono, supuesto que del mono descendamos.

Pero lo mejor es volver á nuestro tema, que poco tiene que ver con el abolengo.

La verdad es que, en vez de sostener yo una paradoja por el prurito de mostrarme ingenioso, mi afirmación, bien entendida, peca de perogrullada.

La poesía y la metafísica son inútiles; como son inútiles las bellas artes, la virtud en grado superior, y la santidad.

Veamos en qué sentido afirmo yo esto. Empiece usted por concederme, pues no puede menos de hacerlo, que todo el que

se proponga ser santo, ser modelo de virtud ó ser gran artista ó poeta, para sacar de ello provecho, para hacerse rico ó para ganar nombradía, poder ó influjo, bastardea y avillana su inspiración ó su vocación, y aun puede llegar á esterilizarlas ó á destruirlas.

Piénselo usted bien: el propósito de utilizar tan altas facultades acaba con ellas. Mientras más alta es la facultad, más se opone á que se la emplee en fin provechoso para el que la posee y la ejerce. Un santo lo es, ó se propone serlo, por amor de la misma santidad, ó por amor de Dios, que es la santidad en persona. Todo fin que esté fuera de la santidad, la rebaja, si no la aniquila. Alcanzar la vida eterna es fin ultramundano y elevadísimo: la calificación de útil humilla tal fin: y con todo, tal fin, aunque no invalide la santidad, bien puede asegurarse, sin temor de caer en herejía, que la amengua bastante. El que es santo por tal fin, es menos santo que el que dice á Dios:

«Aunque no hubiera cielo, yo te amara;
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.»

Y, por otra parte, el afán de la propia salvación puede torcerse y convertirse en el egoísmo más monstruoso, como le sucede al *Condenado por desconfiado*, de Tirso.

Con la sabiduría especulativa sucede lo propio. El sabio no se propone sacar de ella provecho. Si se lo propone, estoy por afirmar que deja de ser sabio. Cuando Dios dió á elegir á Salomón entre la sabiduría y la riqueza, y Salomón optó por la sabiduría, hemos de suponer que lo hizo candorosamente. Si lo hubiera hecho calculando que Dios, á más de hacerle sabio, iba á hacerle rico, se hubiera fingido desinteresado, no siéndolo, y hubiera tratado de engañar á Dios. Cristo nos enseñó, en el Sermón de la Montaña, que debemos pedirle el reino de los cielos, sin preocuparnos de lo demás, que se nos dará por añadidura; pero, francamente, si le pedimos dicho reino, disimulando nuestro deseo de la añadidura y contando por lo pronto con ella, seremos unos galopines y trataremos de engañar á Cristo.

Los Fúcares y los Rothschild no sé yo

si fueron ó son sabios especulativos muy profundos; pero sé que no ganaron por serlo los dineros que tuvieron ó que tienen. Lo más que yo puedo conceder es que la ciencia especulativa ni quita ni pone á tales provechos ó utilidades. Posible es que, siendo opulento banquero, sea alguien maravilloso sabio como Kant, que vivía pobremente de sus lecciones, ó como Espinoza, que pulía vidrios. Pero si me dijese que alguien era gran sabio especulativo y gran banquero á la vez, y que aplicaba su sabiduría especulativa á los negocios de la banca y de la Bolsa, ni como aficionado á la sabiduría daría yo crédito á su enseñanza, ni, si por dicha inverosímil tuviese yo fondos que colocar, se los confiaría á él, pues perdería para mí todo su crédito como banquero.

En la poesía aún es más evidente la inutilidad para el poeta. Una vez acudió á mí, pidiéndome socorro, cierto joven que hace versos y no tiene con qué vivir. "Serán malos mis versos, me dijo humildemente, y por eso no me los pagan." Y yo, no por confortarle, sino porque así

lo entiendo, le contesté: "No, amigo mío; aunque sus versos de usted fuesen tan hermosos como los de Píndaro, aquejaría á usted la misma necesidad. Acaso ésta subiría de punto en razón directa de la mayor excelencia de los versos, que, mientras más valieran, serían menos entendidos y estimados del vulgo. Yo no creo á usted mal poeta porque no le pagan sus versos. Sólo le creeré mal poeta si los escribe con el propósito de que se los paguen."

Esto le dije yo, aunque, por no entristecerle ó enojarle, me callé otra cosa que pensaba; es á saber: que el mero propósito de ganar la vida con la poesía no es sólo delito de lesa poesía, sino indicio de que no está en su cabal juicio quien le forma. Tal vez en algún rarísimo momento histórico, en algún caso muy excepcional, hubo un pueblo de gusto exquisito, y que se valía de esclavos para todos los menesteres mecánicos, en quien se hubo de despertar y de educar el recto sentir de la hermosura hasta el inaudito extremo de aplaudir en los juegos olímpicos á Píndaro y á Corina. Tal vez,

y muy de tarde en tarde, ha habido algún príncipe ó tirano elegante, como Mecenas, el duque de Weimar, Pericles ó Mahamud de Gasna, que han favorecido y encumbrado á los buenos poetas. Pero en nada de esto debemos fiarnos ni poner la menor esperanza. Esto casi nunca ocurre, y además está sujeto á multitud de percances y quiebras. De aquí que Alfieri, en el precioso libro que compuso, titulado *Del Príncipe y de las letras*, amoneste al poeta y al filósofo para que poeticen y filosofen, á fin de hallar la verdad ó de crear ó dar forma sensible á la belleza, induciéndolos, para que vivan más ó menos holgadamente, si no tienen beneficio ó rentas, á tomar oficio.

¿Qué poeta en el día, y sobre todo en nuestra patria, querrá tratar seriamente de hacerse pagar porque le oigan, cuando por el deleite de ser oído será él capaz de pagar, si tiene con qué? Y esto, sobre poco más ó menos, acontece en todas partes. Leopardi nos ha dejado escrito un muy donoso discurso-proyecto, fundando una asociación de oyentes, y, en mi sentir, demostrando que esta asocia-

ción, bien organizada, ganaría gruesas cantidades con sólo prestarse á escuchar con atenta benevolencia á los que quisiesen recitarle sus composiciones.

En la poesía, confiéselo usted, señor don Ramón, no hay lucro para el poeta, salvo en extraordinarios y poquísimos casos.

Ni se me diga que el poeta halla su recompensa en la gloria. La gloria, si acude, acude por casualidad, ó tarde.

Becquer, por ejemplo, no murió sólo poco menos que en la miseria, sino en la oscuridad también. Hasta después de su muerte la fama no ha llevado y ensalzado su nombre por el mundo, y esto gracias á su tocayo de usted, Correa. Sin Correa, pocos sabrían hoy quién fué Becquer.

La fama póstuma, además, es muy insegura, vana y disputada. Es insegura, porque el mal gusto ó la indiferencia de una nación para la buena poesía puede durar, y aun ser mayor que en vida, después de la muerte del poeta. En este caso, no tendrá fama póstuma. Es vana, porque el que no fué entendido ni apreciado por el vulgo cuando vivió, menos lo será en otra edad, en otro medio am-

biente, y cuando para penetrar en su espíritu se requieren esfuerzos de segunda vista retrospectiva, y comprender la época, el estado social y la gente en que y para quien el poeta cantaba. Resulta, por lo tanto, que hasta el más glorioso poeta, v. gr., Virgilio, limite su gloria á que suene su nombre en muchos labios, porque le aprenda la gente de oírle á los críticos y eruditos; pero casi nadie lee las *Geórgicas*, y el que se atreve á emprender su lectura se aburre á escape, y toma una novela de Zola ó de Daudet.

La fama póstuma es, por último, muy disputada. Con frecuencia depende de la moda ó del capricho de los críticos. Shakespeare era un bárbaro, en opinión de Moratín. Para Emerson ó para Víctor Hugo es el más prodigioso de los genios; un ser muy superior al resto de los otros seres humanos.

Usted mismo demuestra como nadie lo indeciso, lo disputado de la gloria póstuma de los poetas. Desde Quevedo hasta la aparición del romanticismo, afirma usted que no ha habido poetas en España, ni se ha escrito un solo verso bueno.

Prescindo de la contradicción y hasta de la aparente blasfemia en que usted incurre, al sostener, creyendo muy útil la poesía, que Dios es tan cruel con esta nación, grande, aunque decaída, que la priva de poetas por espacio de doscientos años. De lo que no prescindo es del feroz desenfado con que arroja usted ignominiosamente del Parnaso español á Meléndez, á Fr. Diego González, á Arriaza, á Lista, á Mora, á Gallego, á Vargas Ponce, á los dos Moratines. á Maury, á D. Ramón de la Cruz, á Quintana y á tantos otros.

Por lo que dejo expuesto queda demostrado cuán inútil es la poesía para los poetas mismos. A los citados, poco ó nada les valió en vida; y hasta el título de poetas se les niega en muerte, y no por un profano ignorante, sino por un cofrade ilustre.

Harto sé que se me podrá objetar con aquello de Zorrilla:

«El poeta, en su misión
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.»

Esto es: para el poeta no será útil la poesía, pero es utilísima para los hombres en general.

Aseguro á usted, y con dolor lo digo, que yo miro en torno, y apenas veo hombre ni mujer á quien la poesía importe un bledo, ni la recuerde para nada. ¿Cómo han de ser sus frutos frutos de bendición, cuando pocas personas saben cuáles son y dónde están esos frutos sazonados? Desde Quevedo hasta los románticos, según usted, no hubo cosecha. Luego los hombres, ó no los echaron de menos, ó se contentaron con frutos falsos y contrahechos. España, como si tal cosa, se pasó dos siglos sin poesía.

Eso que usted cuenta de que Clarín ha dicho que usted y yo parecemos tontos ó lo somos, debe de consistir en nuestro empeño de poner á la poesía dentro del predicamento de la utilidad, estimándola en más ó en menos según es más ó menos útil. No sólo la poesía, sino otras mil cosas que no valen tanto, están también por cima de toda utilidad, y por la utilidad ni se miden ni se evalúan. ¿Qué utilidad tuvo la hermosa Elena? Lejos

de ser útil, fué muy dañina, porque causó la guerra de Troya, la muerte de miles de héroes y la destrucción é incendio de la ciudad de Priamo. Y, sin embargo, ¿cómo negar que Elena era hermosa, y que es soberano dón la hermosura? Con la hermosura sucede lo mismo que con la poesía: se deslustra en el instante en que tratamos de utilizarla. Figúrese usted una dama hermosa, que, á fin de no inutilizar esa alta prenda, la emplease en proporcionarse, aunque fuese un ogro, un marido rico, ó traficase con ella por estilo menos sacramental y correcto: ¿daría así esta dama mayor valor á su hermosura?

Nuestra polémica es como si versase sobre la utilidad de los garbanzos, comparada con la de las perlas. Claro está que una perla mediana vale más que muchísimas fanegas de garbanzos; pero la perla no sirve para nada, y los garbanzos se echan en el puchero ó se guisan en potaje, que alimenta muy bien. Los garbanzos, además, no pueden falsificarse, y las perlas sí. Usted afirma que durante dos siglos vivieron los españoles

de poesía falsa, y muchos de los lectores de usted le creerán. Pero dígales usted que vivieron de garbanzos falsos, y no le creerá nadie. A los no inteligentes, y son los más, el mismo efecto les produce cualquier pelotilla de cera y vidrio que la perla más luciente de Ceylán. Fácil, muy fácil es engañarlos; pero, ¿á quién, por tonto que sea, le engañará usted en punto á garbanzos? Ni los loros se dejarán engañar. Todos los garbanzos que comemos ahora, son verdaderos garbanzos, y no habrá crítico, por áspero que sea, que en las edades futuras se atreva á negarlo; pero sí podrá negar que sean verdaderas perlas las de todos los collares que se lucen en el Teatro Real y en los bailes de Madrid; y aun puede que se atreva á negar que sea verdadera poesía toda la poesía de que hoy hacemos gala.

¿Cómprnde usted ya en qué sentido sostengo yo que la verdadera poesía es inútil? Es inútil, porque está por fuera y por cima de toda utilidad; porque se levanta, independiente de provechos, lucros y ventajas, á una esfera donde

rara vez llega el vulgo de los mortales.

Quiero que conste aquí, para ser consecuente conmigo mismo, que disto infinito de ser pesimista como Leopardi, y que, á fin de sostener mi tesis, no voy hasta el extremo que va él en su tratado sobre la gloria. El público se engaña menos de lo que pudiera creerse, dada su ceguedad, y á veces dispensa la gloria con justicia. En España se nota esto desde la época del romanticismo, y no por el romanticismo, sino porque su aparición coincidió con el renacimiento de la libertad y con el despertar, en nuestra nación, de más altas energías intelectuales. En esto he de confesar á usted que, desde que empezó el segundo tercio de este siglo, llevamos ventaja al período histórico que va desde la muerte de Quevedo hasta el año de 1834. Hasta Quintana y Gallego son más estimados, se hacen más populares y gloriosos, después de 1834, que cuando escribían la admirable Elegía del Dos de Mayo, y la magnífica oda al levantamiento de España contra los franceses. Entonces eran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

más populares y mejor comprendidos por la generalidad Gerardo Lobo, Montoro y el cura de Fruime. En balde exclama Quintana:

«Desenterrad la lira de Tirteo»;

sus versos no valieron, como los del lírico de Grecia, para excitar en la pelea á los guerreros patriotas. Más valieron coplas pedestres y ramplonas y cancioncillas vulgares, que aún he oído yo recitar y cantar á ciertas tías mías, ya viejas hace cuarenta años, que nunca supieron un solo verso de Quintana, y que hasta ignoraban que tal sujeto hubiera florecido.

Lo dicho—bueno es apuntarlo aquí, aunque sea entre paréntesis—corroboraba mi opinión sobre la inutilidad de la buena poesía. Es evidente que la de Quintana, cual mágico y sobrenatural conjuro, logró que el Tajo se desbocase desde Aranjuez, y

«Precipitase al mar sus rubias ondas,
Diciendo: ya acabaron los tiranos;»

y logró hacer surgir evocados á los héroes muertos:

«Su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir al Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes;»

pero más evidente es aún que todo este raudal de entusiasmo no influyó lo más mínimo en las huestes vivas que peleaban por la independencia, las cuales no oyeron el canto del poeta, ó le oyeron como quien oye llover.

El poeta no fué inspirador de aquel entusiasmo, sino inspirado por él. Le tomó como asunto y como esencia de su canto, y creó una inmortal obra de arte, en que le transmitió á las edades futuras.

Yo, aunque no sea poeta, soy aficionadísimo á la poesía, y no tiro á denigrarla: quiero hacer su elogio; pero no debo, para hacerle, apartarme un ápice de la verdad. Los buenos versos me encantan. Bien sabe usted que los de usted son de

los que más gusto yo entre todos los que ahora se componen. Los he celebrado con sinceridad y con calor, como he podido, y usted no ha quedado descontento de mí, ya que en la edición de París de sus obras poéticas mi crítica va como prólogo. He extrañado, y he sentido por consiguiente, que califique usted nada menos que de ataque personal el que dijese yo de refilón, ó por incidencia, que en los *Pequeños poemas* abundan los *tiquismiquis filosóficos* y *archisentimentales*. ¿Qué ofensa hay en esto contra el ingenio poético de usted? A mí los discreteos, las sutilezas, la graciosa y alegre melancolía de usted, su humorismo, sus dudas y sus creencias, todo me parece delicioso, y no lo censuro. Y como usted lo sabe, considero lo del ataque personal una broma de usted.

Lo que no es broma es mi repugnancia á creer, á pesar de todo mi amor á los versos, en la virtud docente de los versos, y en que por ellos se abran ni se hayan abierto *nuevos senderos á la errante humanidad*. Tal vez esto pudo ser y fué en las primeras edades del mundo,

cuando como recurso mnemotécnico se apelaba al ritmo, por ser raros los libros, y porque pocos hombres sabían escribir y leer; pero en el día, y desde hace siglos, están muy mudadas las cosas. Es cierto que las sibilas y las pitonisas dictaban en verso sus oráculos; pero estos versos solían ser detestables, y lo que en ellos se enseñaba nada valía tampoco.

Siempre que se ha enseñado algo de muy importante á todo el linaje humano, se ha enseñado en prosa. Moisés todo lo dijo en prosa. Sakiamuni y Mahoma no versificaron. Y cuanto tenemos que pedir á Dios y cuanto de El debemos esperar, nos lo declaró Cristo en prosa en el Sermón de la Montaña. ¿Cómo he de censurar yo que un valiente poeta ponga en verso el Padrenuestro y las Bienaventuranzas, y hasta toda la Biblia? Pero con el artificio y el primor del metro y de la rima perderán autoridad aquellos divinos documentos: serán, si se quiere, la más linda y hechicera obra de arte; pero no una de las bases en que se sostiene y una de las doctrinas que informan la civilización europea.